

Suscripción:

En Murcia,  
50 ets. al mes  
Provincias,  
8 reales tri-  
mestre.  
Pago adelan-  
tado.

# LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año III. Murcia 16 de Febrero de 1890. Núm. 86.

Anuncios.

Se reciben  
en la Admi-  
nistración de  
este periódico  
Comunica-  
dos, á preciso  
médicos.

Anuncio-tarjeta y periódico 4  
reales al mes.

Número suelto 15 céntimos.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-  
tores.

La correspondencia al director.

## La Union Murciana

SOMBRERERIA

DE

# A. RIQUELME.

Calle de la Platería núm. 42.

Murcia.

Gran novedad en sombreros in-  
gleses á 9 pesetas, regalando caja  
y cepillo.

Gorras desde real y medio en  
adelante.

## La Juventud Literaria

EL CANE ABANDONATTO

Indudablemente, si el ser racional,  
Rey de la creación, tiene alma, el irra-  
cional tiene algo, tiene instinto que le  
hace formar juicio de las cosas que le  
rodean y que le suceden.

Es un misterio que nadie puede com-  
prender ni explicar, porque si á expli-  
carlo fuérase, dejaría de ser misterio.

En nuestra vida, hemos conocido  
ejemplares raros en gatos y perros que  
han tenido talento para hacerse com-  
prender y crearse una reputación.

Nada diremos del perro de Montar-  
gis que por sus hechos conservase em-  
balsamado en un museo extranjero; ni  
del perro Palomo que tanto se distin-  
guió en la guerra de Africa, entrando  
en Madrid victorioso el 12 de Mayo de  
1800 al lado de la hermosa cantinera  
de Borbón, y ostentando en sus blan-  
cas patas delanteras, los galones de  
cabo; nada diremos del famoso Perro  
Paco que en 1883 llamó tanto la aten-  
ción de Madrid y mereció los honores  
de la inmortalidad en abanicos y cajas  
de fósforos, elementos hoy de celebra-  
ción para casos y cosas de los modernos  
tiempos.

Omitimos reseñar la historia del pe-  
rro callejero de Cádiz que en 1858,  
protegido por los vendedores del mer-  
cado, despreciaba las morcillas munici-

pales que jamás comía, aun cuando se  
la dieron envuelta en buena carne y  
apetitosos manjares.

En Murcia donde conocemos á mu-  
chos perros, y entre ellos al pachón  
de Quetglas, que habla con su amo,  
existe actualmente un ejemplar raro,  
digno de hacerse público, porque reve-  
la un instinto superior.

Un perro de la casta de los de Terra-  
nova, blanco con manchas negras, na-  
cido en buena cuna, criado en opu-  
lenta morada, bien comido y bien cui-  
dado; por causas que desconocemos,  
encuétrase fuera de la casa paterna y  
lanzado al mundo del infortunio.

El pobre perro abandonatto sin casa  
ni hogar, sin amo, que le alhagara y  
que le diere pan; recorrió de uno á  
otro polo de la localidad sin encontrar  
amparo, ni en el palacio de los ricos,  
ni en la choza de los pobres.

Solo una infortunada mujer que vive  
al aire libre implorando la caridad pú-  
blica, parte con el traviato el pan que  
recoge.

Y el perro errante sin casa ni ho-  
gar recordando su antigua opulencia,  
(por que indudablemente debe recor-  
darla) se unió á la pordiosera á la  
que acompaña diariamente durmiendo  
á su lado, lamiendo su mano y sien-  
do, digámoslo así, el vigilante espon-  
táneo de la pobre ciega, que tiene en  
él un leal servidor, quizá mas leal,  
que los que pueda tener el opulento  
señor que lo crió en espléndida mora-  
da, á pico de rollo.

El perro errante, protector de la  
pordiosera que el público y nuestros  
lectores pueden ver, de sol á sol en la  
plaza de la Puxmarina, adosada á la  
casa del clérigo Serón, necesita bus-  
carse la comida y por su propio ins-  
tinto la ha encontrado con sus alha-  
gos y con su talento.

A la una y media si quereis verlo  
todos los dias, le encontrareis tras los  
cristales de la funeraria de Garrido,  
y como la esposa de este le dá de co-  
mer, no falta nunca á la hora con-  
sabida.

Por la noche busca la cena y la en-  
cuentra en la ferretería de la casa del  
señor de Montesino, y el perro errante  
por su propio instinto ha encontrado  
su sustento en la placeta de la Pux-  
marina, de dia, acompañando á la cie-  
ga que pide limosna y acudiendo con  
exactitud inglesa á casa de sus protec-  
tores.

De noche, solitario y triste, velando  
por ellos, ó dormitando en el cantro  
de la plazuela, que considera suya por  
derecho de conquista.

No podemos explicar el *porqué de la  
cosa*, pero cuanto hemos escrito es un  
hecho que puede comprobarse en el  
*presente momento histórico*, como hoy  
suele decirse.

El perro errante es raro ejemplar,  
digno de estudio; quizá para él escri-  
biria Espronceda aquello de

«Otros trabajan  
porque coma yo.»

El perro errante podrá ignorar la  
poesía del autor de «El Diablo mun-  
do», pero sabe buscarse la comida, que  
es bastante saber.

F. B. DE I.

## EL CARNAVAL

Hoy empiezan las alegrías en la ciu-  
dad siete veces coronada.

Para que vean ustedes que el Carna-  
val no se puede pasar de cualquier ma-  
nera, voy á referir á ustedes varias es-  
cenas que con motivo de estas fiestas  
han ocurrido en diferentes casas de esta  
capital.

—Muchacha ¿que estas aciendo?

—Nada mamá.

—Dime lo que haces, sino esta noche  
te quedas sin probar el bacalao á la viz-  
caina, porque á mi no me gusta que me  
engañen.

—Pues mira, estaba escribiendo una  
carta á mi novio diciéndole que no salgo  
de máscara con las de Manzanillo, por  
que no tengo traje.

—¡Niña! ¿Que es lo que oyen mis cas-  
tos oídos? ¿y la dignidad, y el pudor de  
una señorita? Decir que no tiene tra-  
je... vamos eso no se le ocurre á nadie  
mas que á una bestia como tú.

—Pero mamá, si me dijo si iba á sa-  
lir de máscara ¿que es lo que le iba á  
contestar?

—¡Que sí!

—¿Y el traje?

—El traje; pues por poco te apuras  
tú, verás como te haré un traje capri-  
choso.

—¿Y como va á ser?

—De reina mora.

—Ese es un traje muy lujoso, y noso-  
tros no podemos disponer de un duro  
para....

